

El parásito profesional

Son parásitos profesionales todos los arruinados que se aprovechan de la revolución escudándose en su partidismo absolutista y sus derivaciones, pero que sin embargo en nada han cooperado al triunfo de la misma.

Que en la sociedad caduca, esta clase de gente tuviese campo propio a sus teorías, es muy comprensible; pero lo que no se comprende es que hoy día se les permita actuar tal cual lo hacen. Todos, sin excepción, aportamos con nuestro esfuerzo el grano de arena necesario para el logro de la perfecta creación de una sociedad más justa, que paulatinamente vamos creando al mismo compás de la guerra, y forjar con nuestro esfuerzo el triunfo final, sueño dorado de todo hombre libre, porque su reflejo refortalecerá las mentes de las masas indiferentes a sus propios derechos y libertades, que son la de todo explotado, e indiferentes, que afortunadamente son los menos.

Luchamos para poder triunfar, unos con las armas en la mano en los frentes de combate contra dos enemigos, el primero, el fascismo, al que ya casi tenemos derrotado, pero el segundo, el tiempo, mucho más cruel por su ineluctabilidad contra nuestros hermanos, por ser enemigos que sólo se pueden vencer con el esfuerzo de los guerrilleros de la retaguardia, trabajando sin descanso para que a los del frente nada les pueda faltar, por ese enemigo, el tiempo, que con su ineluctabilidad se ceba en nuestras filas.

A pesar de los llamamientos que nos hacen las camaradas responsables, aun quedan por ahí rezagados, los cuales, al parecer, no entienden el idioma colectivo, o no les conviene entenderlo, por ser éstos indiferentes a la causa que se debate y por no haberles picado el aguilón en esta lucha ni antes de ella. Por eso tiene una explicación que no puedan comprender el valor que en el momento la necesidad de que todos trabajemos sin horario ni descanso.

Es loable por su magnitud la obra constructiva que están llevando a cabo las directrices socialistas revolucionarias de Cataluña. Pero si bien ponen todo el celo que les anima en la creación, para que un día respondan a las exigencias que imponen la convulsión general de estos momentos de gran trascendencia histórica en los anales del nuevo orden social y colectivo con su disciplina admirable, la creación de una masa organizada bajo la consigna de la C. N. T. y la U. G. T., las cuales, con conocimiento pleno de la responsabilidad contraída ante las demás organizaciones revolucionarias, deben hacer un saneamiento general y a todo aquel que no acepte la disciplina férrea necesaria en estos momentos trascendentales, en que está en juego la verdadera civilización, a esos parásitos sin dignidad de ninguna clase, cobardes oportunistas que abusando de la revolución y rompiendo las normas de ésta, donde los vagos profesionales no deben tener derecho a subsistir, como en el régimen fascista existía. Pero hoy día no, porque si un rendimiento pueden dar trabajando, que trabajen. El que no valga para coger un fusil, que coja un pico y a hacer trincheras; fuera parásitos de prostíbulo, canalla rastroera que desgraciadamente deshonran el movimiento popular, teniendo muy a pesar mio que repetir las palabras del camarada Durruiti: «el que se aprovecha de la Revolución en beneficio propio, sin haber luchado por ella, ni en la calle ni en los frentes, ni trabajando para éstos en la retaguardia, no es nada más que un enemigo común al que todo ciudadano tiene la ineluctable obligación de desenmascarar para que sea eliminado, librando así al país de esa plaga improductiva».

D. PARRAGA

Nuestro servicio de Librería Selecta

- «Infancia, adolescencia, juventud», Tolstol, Hermoso libro en tela, muy bien ilustrado, 5 pesetas.
- «La invasión Polikuchka», Tolstol, rústica, 8 pesetas; tela, 6.
- «Biografías» (Victor Hugo, Licurgo Bakunin), cada una 0'20 Ptas.
- «El comunismo es la religión de la miseria», por P. L. Proudhon, 0'75 Ptas.
- «Biografías» de Sócrates, Solón, Ana Xágoras, Antistenes, Diógenes, Aristóteles, 0'75 Ptas.
- «Las treinta bases del monismo», Ernesto Haekel, 0'75 Ptas.
- «El alcoholismo, sus estragos», (tela), por Se rioux, 1 Pta.

Teatro de Andrés!

- «El Océano», una peseta; «Las bellas Sabinas», ídem; «Anatemis», ídem; «Gaudemus», ídem; «El pensamiento», ídem; «El rey del hambre», ídem; «Catalina Ivanova», ídem; «No me tarás!», ídem; «Hacia las estrellas», ídem; «El que ídem»; «El vals de los perros», ídem; «El que recibe las bofetadas», ídem; «La vida del hombre», ídem; «Aníasis», ídem; «Los días de nuestra vida», ídem; «Los jóvenes», ídem.

Hemos puesto a la venta, álbumes de 10 postales de la «Lucha en Barcelona», editados para la propaganda de nuestra revolución en Francia, al precio de 2'50 pesetas.

También hemos hecho dos ediciones nuevas de los folletos «Entre campesinos», «Finalidad de la C. N. T.», por el mayorado doctor Isaac Puente (fusilado últimamente por la hiena fascista). Son a 20 céntimos el primero, y a 25 ídem el segundo. Pueden hacer sus pedidos los que tanto nos apremiaban.

R. Molinés, Alcoy. «El organismo económico de la Revolución», se agotó. En breve vamos a hacer otra edición. Entretanto puedes girar lo otro.

A. Anglés. No tenemos los libros que pides.

REMEMORANDO



por E. Carreras

La sociedad que nos hemos impuesto la tarea de destruir fue siempre integrada por dos clases enteramente opuestas: la de los poseedores de grandes riquezas, que hacen todo lo que les venía en gana, y la de los que nada hemos tenido, ni siquiera el derecho a pensar; y, por tanto, se nos negaba todo, y si protestábamos, éramos perseguidos, encarcelados, vejados, escarnecidos y separados, incluso, del número de los mortales, empleando los verdugos procedimientos inquisitoriales tan refinados, que los criminales más empedernidos hubiesen quedado muy atrás en monstruosidad.

Nada de extraño tiene, pues, que la agitación popular, hará unos cuarenta años, traída en huelgas y atentados personales, fuera un hecho continuado, como protesta a las vejaciones sufridas por la clase obrera, que, harta de trabajar y de no comer, se tomaban represalias contra los opresores y que, para intentar la liberación, se empleasen procedimientos justicleros.

El resultado para los que dieron susatos enormes a todos los tiranos no podía ser muy satisfactorio, puesto que la burguesía disponía de todos los medios, sobornando y comprando con su oro a verdugos que se ofrecieron gustosamente a torturar a las víctimas que elegían para el sacrificio.

Los gobiernos, de funesta recordación, dispusieron que los obreros fuesen ametrallados por las calles al menor síntoma de rebeldía, y así fue que el primero de mayo de 1890, fecha en que por primera vez se celebró la Fiesta del Trabajo, y que tanta alarma produjo al gobierno y al capitalismo, a consecuencia de esta misma alarma, al año siguiente se suprimieron las garantías constitucionales y se desencadenó una enconada persecución contra la clase proletaria, y sin motivos que lo justificasen, el gobierno ordenó una verdadera matanza, ametrallando al pueblo por las calles de Barcelona, encarcelando, además, a millares de trabajadores, sólo por el delito de pensar humanamente.

Esa fue la primera chispa que encendió los ánimos de la clase productora, y que, en lugar de aterrarse, se endureció ante tan cruel persecución; así es que se sucedieron hechos de tal naturaleza, que la clase capitalista empezó a preocuparse, temiendo sin duda que el imperio de su poderío empezase a decrecer, volviendo a ponerse en práctica procedimientos tan inhumanos y criminales que levantaron tempestades de protesta, surgiendo de entre el pueblo un obrero litógrafo, llamado Paulino Pallás, que, cual moderno Espartaco, bravamente quiso castigar la bravuconería del odioso general Martínez Campos, el restaurador de una monarquía envilecida y traidora; ese generalote cobarde, que lanzó un reto a los trabajadores catalanes, diciéndoles que salía de paseo al campo y que allí les esperaba, dando pruebas inequívocas de su cobardía, porque, ante la indefensión de los mismos, él acudiría sin duda rodeado de cañones y bayonetas en manos de la canalla mercenaria, para asesinarlos atrozmente.

Pallás, obrero consiente, lleno de indignación, sin más cómplice que su conciencia de hombre convencido, en un desfile militar que se efectuó en la calle de las Cortes, arrojó una bomba a los pies del generalote, sin causarle más daño que la caída de caballo. Pallás fue llevado al maldito y tétrico castillo de Montjuich, se lo sentenció a muerte y ejecutado el día 7 de octubre del año 1893, muriendo con sublime entereza.

A raíz de este hecho, toda la horda de policías, puesta en acción, detuvo a centenares de trabajadores; pero en lugar de inspirar miedo, lo que se consiguió fue el infundir odio y deseos de venganza; las autoridades desplegaron sus actividades llegando al extremo de hacer obrar a muchos agentes provocadores, que simulaban conspiraciones y atentados, deteniendo y encarcelando a millares de obreros.

Poco tiempo después, otro atentado se produjo durante la celebración de una función en el teatro del Liceo, que costó la vida a diecisiete personas del mundo aristocrático.

Las medidas arbitrarias que se pusieron en práctica, el empuje de la policía en encontrar supuestos culpables, las persecuciones, etc., en vez de calmar los ánimos de la clase proletaria, los exacerbó más y más; ante tal perspectiva, dada la actitud de los gobernantes y verdugos, se alzó en son de protesta toda la Prensa mundial, despertando en los nobles corazones una gran simpatía hacia nuestros ideales, y muchos que hasta entonces fueron indiferentes se hicieron anarquistas por convicción, a pesar de las calumnias que se separaron y las acusaciones de complicidades que nos adjudicaban.

Bien claro vió todo el mundo que nosotros perseguíamos la finalidad de un ideal justo: nuestra emancipación; huyendo como por encanto de todas las mentes el espectro de la anarquía como sinónimo de destrucción y de muerte.

El crimen más grande que se perpetró, que en los anales de la Historia no tuvo precedentes, fue a raíz de la bomba que fue arrojada al paso de la procesión del Corpus el día 7 de julio del año 1898, en la calle de Cambios Nuevos, del que hasta la hora presente no se ha podido averiguar a qué fin obedeció semejante atentado, que costó, entre muertos y heridos, cuarenta y ocho víctimas.

Es comprensible que en el estado de ánimo en que se vivía y el ansia de buscar un pretexto para emprender una reacción sangrienta contra los anarquistas, sirvió indudablemente el hecho referido para justificar la represión, pues no se concibe que, siendo como fueron todas las víctimas de condición modesta, un anarquista fuese el monstruo que llevara a cabo atentado tan repugnante, y así mismo lo juzgó la Prensa del mundo entero.

Indudablemente, el atentado fué obra de un agente provocador, pues el estallido de aquella bomba no causó ni el menor daño a la gente encofetada; obra fué aquella, que sirvió perfectamente para emprender la represión pedida sin más objeto que el de salvaguardar los intereses de las clases opresoras y el miedo cerval de los gobernantes de que se les viese abajo todo su poderío y quedase derrocada la monarquía y todas las nefastas instituciones sobre las cuales estaba cimentada aquella sociedad podrida que no reparaba en el crimen para saclar sus egoísmos innatos.

Se sucedieron inmediatamente las persecuciones en forma brutal y sangrienta; se llenaron las cárceles, las denuncias llovían a granal, se detuvo a cuatro mil novecientos cuarenta y tres personas; en el tétrico castillo de Montjuich se sepultaba a infinidad de trabajadores sin más delito que el de sospechar de ellos, o haber sido víctimas de una falsa denuncia.

El teniente coronel Marzo, secundado por los esbirros Portas, Mazans, Estorqui, Corral, Ruiz, Parrillas, Carreras y el nefasto cabo Botas, y otros dignos émulos de los Torquemada y Arbúes, pusieron en práctica los suplicios más horrosos, tales como el caso, la mordaza, la cuerda, el látigo, estrangulación de testículos, desgarramiento de carnes, introducción de astillas entre las uñas y otros mil procedimientos saturados de la ferocidad más espantosa, para conseguir una declaración que las víctimas no hicieron, por la sencilla razón de que eran inocentes.

La justicia histórica se llenó de oprobio y terminó su obra con otra gran injusticia; después de ser torturadas las víctimas día tras día, fueron fusilados Atcheri, Molas, Nogués, Alina y Mag, y condenados veinte más a diversas penas.

El día 4 de mayo de 1897, se cumplió la más injusta de las sentencias que registra la historia.

Causan espanto las declaraciones que posteriormente hicieron Thibource, Olló, Gana, Supé, Callis y otros; algunos de ellos, supervivientes todavía, pasean por las calles de Barcelona su cuerpo agotado y materialmente deshecho por el masacre sufrido.

En la hora presente, hora de reivindicaciones, muy a propósito para reunir hechos tan sangrientos que la España inquisitorial trabajaba incubando, el bestial y monstruoso fascismo, acoge muy oportunamente las promesas hechas por el consejero de Justicia, camarada Andrés Nin, de reivindicar la memoria del mártir de la reacción Francisco Ferrer Guardia, preguntándole si no son mercedores igualmente de ser reivindicados aquellos mártires que fueron sacrificados en los fosos del mil veces maldito castillo, héroes de una causa muy humana, y los supervivientes de aquella luctuosa masacre, que con su gesta de hombres valientes supieron escribir con su sangre, derramada a manos de los verdugos venáticos, prefiriendo sufrir cruces martiriales antes que hacer traición a sus ideales de amor y fraternidad humana.

La mala semilla...

Hace algunos años, que individuos que se llamaban anarquistas, pero que desconocían los sublimes principios de tan bello ideal, empezaron una funesta labor entre los obreros.

Empezaron a propagar que para arruinar al burgués había que boicotear y destruir la labor hecha en las fábricas, que había que no trabajar, y si se trabajaba la labor había de ser poca y mala.

Como estos procedimientos sientan muy bien con el carácter indolente del español, pronto se difundió la gandulería y de ahí el enorme contingente de hombres parados, que no sólo era el obrero arrojado de la fábrica, sino el siervigüenza que no quería trabajar y vivía explotando a su mujer, a sus hijos o hermanos.

Y esta mala semilla de tantos años, da ahora el mal fruto de los muchos vagos que han empunado un fusil y no hay quien se lo haga soltar, pues ni van al frente, ni trabajan y clarito será que trabajen.

Si no dejáramos pasar muchas cosas que se realizan en nombre de la Anarquía no nos encontraríamos ahora con tanto vago.

¡Sobran los libros! Faltan pistolas. Se decía por doquiera. Pero ahora los anarquistas tienen que hacer esfuerzos infinitos para difundir la cultura porque una vez apilado el fascismo las pistolas sobrarán y faltarán los libros.

Y nos encontraremos los anarquistas en el problema que siempre nos ha obsesionado: el problema de la cultura.

Porque la mala semilla esparcida sólo podrá podarse con cultura, con dosis de cultura.

Y con la voluntad constante del obrero de querer elevarse a la categoría de ser pensante.— Otro cero.

Los intelectuales franceses expresan su gratitud a la U. R. S. S. por haber hecho oír, a propósito de España, la voz de la conciencia mundial



Los intelectuales franceses firmantes han remitido a Litvinov, comisario del pueblo de Negocios Extranjeros de la U. R. S. S., el siguiente telegrama:

«En dos importantes ocasiones en que se encontraba en peligro la Justicia y el Derecho de los pueblos puestos en juego en Ginebra y en Londres, a propósito de Abisinia y de España, la U. R. S. S. ha hecho sentir la voz oprimida de la conciencia mundial. Los intelectuales agrupados en torno de la «Casa de la Cultura» deben su gratitud a la U. R. S. S. por haber, en el caos y oscurantismo actuales, salvaguardado los principios indestructibles de la justicia, de la dignidad y de la paz.»

Romain Rolland; Paul Longevin, profesor en el Colegio de Francia; J. R. Bloch, Pablo Picasso; Jean Cassou; Elie Faure; Fernán Léger; Aragón; Tristan Tzara; Jean Pré vost; Georges Sadoul; Marcel Gromaire; Francis Jourdain; Daniel Laroux; Georges Auric; René Arcois; Georges Besson; René Blech; André Chamson; Robert Honnert; René Latou; Charles Villard; André Wurmser; Jean Renier; Louis Martin; Chaffier; Pierre Jean Jouve; Le Corbusier; Jacques Salomón; Jacques Lipschitznac; Roger Désormières; Pierre Chareau; Claude Avelina; Leon Moussinac; Pierre Unik; Jacques Chabannes; Tony Gré gory; Tristan Rémy; Amédée Ozenfant; Christian Zergos; Robert Deano, André Varagnac.

André Gidé; Charles Kocchlin; Marcel Cohen, de la Escuela de Altos Estudios; Edouard Fournier, jefe de trabajos en el Instituto Psicoquímico; Luc Durtain; Paul Eluard; Max Ernst; Marcel Willard, abogado del Tribunal de Apelación; Guillermo de Torre; Louis Laloy; Joan Miró; Alberto Giacometti; Aurélien Sauvageot, profesor de Lenguas Orientales; Paul Nizan; Raymond A. Dlor; S. W. Rayter; Jean Baby, profesor del Liceo Rollin; John Storr; Augustin Han nion; Georges Friedmann, agregado de la Universidad; Fernand Cromelink; Edouard Georg; Henri Minneur, astrónomo del Observatorio; Paul Lakouenne, agregado de la Universidad; B. Elkouken; Jean Lurcat; Ré gis; Blachère, profesor de Lenguas Orientales; Pierre Abraham; André Lhoté; André Ullmann; Henri Laurens; Pierre Yvrite; Georges Pillement; J. M. Lahy, director de la Escuela de Altos Estudios; Madame Lahy; Hellebecque; Jean Longuet.